

RESEÑAS DE LIBROS

DANIEL COSÍO VILLEGAS, *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio*, Austin, Tex., Institute of Latin American Studies, The University of Texas at Austin, 1972.

Recientemente se han publicado varios ensayos de autores mexicanos interpretando el desarrollo político de México a partir de la Revolución. Éste es uno de ellos, que surgió de un seminario patrocinado por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas en Austin. La crisis política por la que atravesó México en 1968 y los posteriores intentos de renovación emprendidos por la administración de Echeverría, fueron el estímulo para estas reflexiones: ¿cuáles son las causas que llevaron al enfrentamiento de una parte de la clase media —los estudiantes sobre todo— con la élite política?, ¿hasta qué punto el choque de 1968 fue un síntoma de una crisis más profunda en la estructura política?, ¿cuáles son las posibilidades que tiene aún el grupo dirigente para hacerle frente modificando su conducta y las instituciones dentro de las cuales opera?

El ensayo trata de dar una respuesta más o menos amplia a la primera pregunta y sugerir algunas ideas en relación a las dos restantes. Las reflexiones de Cosío Villegas constituyen un intento por explicar el surgimiento y consolidación de las características centrales del actual sistema político. Un sistema que hasta hace poco tiempo se había diferenciado de los existentes en América Latina por el hecho de haber mantenido una estabilidad ininterrumpida desde hace más de treinta años a la vez que un ritmo relativamente acelerado de crecimiento económico. La empresa no es fácil, pues como lo señala el autor, una de las características de este sistema es un control muy efectivo sobre aquella información que pudiera ayudar al observador a descubrir la forma específica en que se lleva a cabo la toma de decisiones dentro del sistema.

Cosío Villegas no presenta de manera explícita el esquema teórico que le sirvió de guía para identificar los procesos políticos centrales del sistema, pero en general está en armonía con aquellos empleados por Linz y Huntington, entre otros, para analizar los sistemas autoritarios. Así pues, el autor parte del supuesto de que las dos instituciones centrales del sistema son la presidencia y el partido dominante. Cosío Villegas considera que la presidencia tiene un poder considerable debido a las amplias facultades que le dio el constituyente de 1917, pero sobre todo por elementos extrainstitucionales como son: la centralización geográfica, el poder económico a disposición del Ejecutivo, la gran importancia de la actividad política como forma de movilidad social y, sobre todo, la subordinación de las autoridades locales así como del poder Legislativo y Judicial a las directivas del presidente. Hay, sí, algunos factores que limitan el poder presidencial, como son ciertos grupos de presión, pero el autor considera que no hay datos suficientes para concluir que algunos de estos grupos han logrado limitar efectivamente este poder. Así pues, una de las principales hipótesis en este ensayo es que el presidencialismo sigue vigente y es el motor del proceso político en México.

El segundo factor importante, la existencia de un partido dominante, lleva al autor a hacer una breve reseña de su surgimiento. Y sostiene que el origen del PNR, antecesor del PRI, no se entiende si se le ve sólo como una respuesta a la crisis provocada por el asesinato del presidente electo en 1928, Álvaro Obregón. Los primeros intentos por formarlo aparecen desde 1920. El partido habría de eliminar definitivamente al caudillismo y disciplinar a la élite política, que a partir de entonces pudo resolver sus divergencias dentro de un marco institucional y reduciendo al mínimo la violencia. El crecimiento económico que propició esta institucionalización, reforzó la estabilidad del proceso político.

A partir del capítulo III, el autor se ocupa de mostrar el lado negativo del actual modelo político. Los factores centrales que han llevado desde el fin del cardenismo a un empobrecimiento de los objetivos y logros de la élite revolucionaria son: la ausencia de un programa político claro, lo que ha conducido al oportunismo descarnado; la dependencia manifiesta del Partido de la voluntad del gobierno; la ausencia de democracia interna; y, finalmente, el incumplimiento de las promesas hechas a los sectores populares. Todo ello se ha traducido en una paulatina pérdida de fe de la mayoría de la población en la integridad de sus dirigentes y del sistema mismo.

La ausencia de democracia interna dentro del PRI —dice Cosío Villegas— se ve sobre todo en el momento de elegir a sus candidatos presidenciales. Esta práctica conlleva un peligro muy grande. Como el candidato presidencial tiene que salir de entre los miembros del gabinete, ninguno de éstos se muestra activo públicamente para no tener ninguna diferencia con el presidente, pero de manera subrepticia, los candidatos más viables se enfrascan en una lucha sorda entre sí y tratan de forzar en su favor, pero indirectamente, la decisión del presidente saliente. A veces llegan a amenazarle y a crearle situaciones de crisis para mostrar su poder e imponerse sobre sus rivales. En un momento dado, esta crisis puede convertirse en algo autónomo que quede fuera de todo control.

El autor, al no encontrar ninguna fuerza significativa dentro del aparato del estado que pueda efectivamente contraponerse a la fuerza del Ejecutivo y de su partido político y ser un factor de cambio, la busca fuera. El primer paso es analizar la situación de los partidos de oposición. Sólo el PAN le merece cierta consideración, pero concluye que su fuerza es poca, y ni siquiera ha conseguido formular un programa de acción que sea una verdadera alternativa al auspiciado por el PRI. De ahí pasa a ver de nuevo los grupos de presión; lo hace con cierta premura, pero no sin sugerir que los grupos empresariales cuentan con elementos para interferir efectivamente la acción presidencial, pero sin profundizar más en ello. Curiosamente, le dedica más espacio a la "opinión pública", para concluir, de manera acertada, que los medios de comunicación de masas no representan una fuerza independiente capaz de modificar las acciones gubernamentales ni de crear una verdadera opinión pública.

En el V y último capítulo se examinan las posibilidades reales de cambio dadas por los elementos anteriores. Las posibles fuentes de transformación son, pues, el Partido y la Presidencia. Del partido no se puede esperar cambio alguno, pues sus organizaciones de base no pueden, por falta de independencia, modificar sus esquemas de conducta. Sólo el poder Ejecutivo es capaz de iniciar una transformación. Pero el autor tiene serias dudas sobre el cambio iniciado desde arriba. En principio es posible, asegura, pero sólo puede

llevar a una reforma duradera si las bases toman parte en ella. Y toda la estructura del actual sistema político está en contra de tal participación.

No hay duda que este ensayo es un paso más en la superación de las interpretaciones optimistas de la naturaleza del sistema político mexicano, hechas en la década pasada, sobre todo por observadores norteamericanos. Pero no deja de presentar problemas. En primer lugar, la explicación del proceso político se da casi por entero en términos políticos; la influencia del medio ambiente social y económico en que se mueve este sistema casi no aparece; de ahí que la explicación no posea toda la amplitud que fuera de desear. En segundo lugar, la tesis del gran poder del Presidente se sostiene en parte porque el autor no quiso explorar más a fondo algo que el mismo ya apunta: el poder de los grupos de presión del sector privado. El modelo de desarrollo político y económico seguido a partir de 1940 los ha favorecido a tal punto, que la autonomía relativa del estado revolucionario se ha ido perdiendo. Y así lo ha reconocido en parte el presidente del PRI en la VII Asamblea Nacional de su partido. Estos grupos empresariales tienen ya un poder de veto considerable, capaz de echar por tierra proyectos de cambio originados en la Presidencia, como parece haber sido el caso, por ejemplo, del gobierno de López Mateos. Además no se hace suficiente énfasis en la existencia de varios grupos o focos de poder dentro de la misma élite gobernante, que también son capaces de poner límites más o menos claros a las decisiones del presidente cuando éste intenta modificar algunos de los elementos centrales del modelo político contemporáneo. En sistemas autoritarios como el mexicano, en donde el partido dominante representa a una variada gama de intereses, la lucha política no se desarrolla al nivel de los partidos o de procesos similares, sino fundamentalmente en el interior del aparato administrativo; y es ahí donde el poder presidencial puede encontrar uno de los obstáculos más serios al cambio, como se está viendo en la coyuntura actual por la que atraviesa el sistema.

LORENZO MEYER

ROBERT E. RIGGS, *US/UN - Foreign Policy and International Organization*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1971.

Periódicamente, los académicos y los impresores norteamericanos se sienten impelidos a publicar un libro referente a cómo y por qué el gobierno de Estados Unidos y el público norteamericano no han prestado suficiente atención a la ONU en los últimos 25 años, y a lo que debiera hacerse para remediar esta situación. No hay duda de que el interés de Estados Unidos en la ONU ha declinado rápidamente en la última década, y algunos críticos sugieren que el comportamiento actual, ligeramente errático, de Estados Unidos hacia la ONU, particularmente tras del ingreso de Pequín en la ONU y la simultánea salida de Formosa, es esencialmente una "revancha" por no haber podido lograr que la cuestión de China se desarrollara según los lineamientos del plan norteamericano: tener a Pequín y mantener a Formosa en la ONU. De acuerdo con tales críticos, ésa es la razón por la que Estados Unidos ha continuado importando níquel y cromo de Rodesia, a pesar de que las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU debieran impedirselo. Pero un análisis detenido demuestra que los patrones de conducta norteamericanos en la ONU no se pueden identificar y explicar en forma tan simple. Robert Riggs trata de